

La evolución del escepticismo académico desde Cicerón hasta su recuperación en el Renacimiento: la obra *Cuestiones académicas**

Manuel Bermúdez Vázquez**
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

Resumen:

La obra de Cicerón *Cuestiones académicas* jugó un papel importante no solo para la recuperación del escepticismo académico en el Renacimiento, sino también en la transmisión a lo largo de los siglos del posicionamiento filosófico de este tipo de escepticismo. En el presente artículo nos proponemos llevar a cabo un análisis de la evolución que esta obra sufrió y de la influencia que pudo ejercer en el panorama intelectual tanto medieval como renacentista.

Palabras clave:

Escepticismo, escepticismo académico, Cicerón, Renacimiento.

The evolution of academic skepticism from Cicero to its recovery in the Renaissance: the book *Academica*

Abstract:

Cicero's work *Academica* played an important role not only for the recovery of academic skepticism in the Renaissance, but also in the transmission throughout the centuries of the philosophical stance of this branch of scepticism. In this paper, we try to carry out an analysis of the evolution of this book and the influence it exerted on the intellectual panorama both in the Middle Ages and the Renaissance.

Key words:

Skepticism, academic skepticism, Cicero, Renaissance.

Desde que en 1960 Richard Popkin publicara su *The history of skepticism from Erasmus to Descartes* el estudio del escepticismo en el Renacimiento surgió con gran ímpetu.¹ Y es que lo que Popkin sugería en su trabajo era que tanto la filosofía como la ciencia de nuestro tiempo serían, más que probablemente, herederas directas de la recuperación de los textos escépticos que tuvo lugar en el Renacimiento y del uso intensivo que del material que se extraía de estos textos se hizo. La evolución de la epistemología, la revolución científica, el método científico y la forma de entender la realidad que hemos heredado desde

entonces estarían directamente relacionadas con la forma en que se recuperó el escepticismo en el Renacimiento. Los textos escépticos a los que se tuvo acceso entre los siglos XV y XVI modelaron la filosofía de este periodo, ya que raro fue el filósofo o pensador de este tiempo que se pudo mantener alejado de las discusiones escépticas. La hipótesis de Popkin sugería que hubo una necesidad de aportar respuestas ante la crítica devastadora del escepticismo a la posibilidad de conocimiento y de percepción, y esta necesidad condujo a los actuales modelos de ciencia y tecnología. De hecho, expresiones como

Recibido: 19-X-2012. Aceptado: 24-XI-2012.

* Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación I+D+i FFI2012-32989 sobre el escepticismo financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

** Profesor Contratado Doctor de Filosofía.

¹ POPKIN, R., *The history of skepticism from Erasmus to Descartes*, Assen, 1960. Esta obra fue, posteriormente, revisada y ampliada bajo el título *The history of skepticism from Erasmus to Spinoza*, University of California Press, 1979. La última edición de la obra es más reciente, *The history of skepticism from Savonarola to Bayle*, Oxford University Press, 2003, si bien esta última adolece de falta de información nueva. Lamentablemente, la muerte en el año 2005 del profesor Popkin impidió que este pudiera seguir con esta línea de trabajo.

methodus sciendi serán forjadas en las fraguas del escepticismo.²

Lo primero que resulta obligado analizar para comprender en su justa medida los nuevos bríos del escepticismo es la situación de las obras escépticas en el Renacimiento. En el vastísimo programa humanístico, el escepticismo antiguo también tendrá su cabida y será objeto de una importante atención que irá aumentando conforme los humanistas vayan descubriendo la utilidad de las herramientas escépticas en el terreno de las disputas y discusiones teológicas ligadas a la Reforma protestante, donde los demoleedores argumentos de la corriente de la duda encontrarán, casi sin duda, su terreno más fértil para desarrollarse. El escepticismo será visto como un método destructivo muy útil para acabar con las argumentaciones del adversario.³

Popkin se ocupa en su obra de las que considera las tres obras principales que son necesarias tener en cuenta por su importancia capital para la recuperación del escepticismo en el Renacimiento y estas son: *Vidas de filósofos ilustres* de Diógenes Laercio, *Cuestiones académicas* de Cicerón y, sobre todo, *Hipótesis pirrónicas* de Sexto Empírico. Estas tres obras tuvieron cierta difusión en ambientes intelectuales y humanísticos y, cuando fueron más conocidas, ejercieron una influencia enorme no solo en el panorama intelectual que afectaba al escepticismo, sino en todo el arco filosófico. Es cierto que existen otros autores clásicos que incluyeron en sus escritos algunos elementos del escepticismo griego y que fueron redescubiertos también durante el Renacimiento.⁴ Estos autores, entre los que podemos mencionar a Aulo Gelio (s. II d. C.), Plutarco (c. 46- c. 120 d. C.), Galeno (129- c. 216 d. C.), Ptolomeo (c. 90- c. 168 d. C.), Lactancio (c. 240- c. 320 d. C.) y Eusebio (c. 263- 339 d. C.) son de

menor importancia e impacto si los comparamos con Cicerón, Diógenes Laercio y, por encima de todos, Sexto Empírico, al menos en cuanto al escepticismo se refiere. Las obras de estos autores menores, dicho esto con todas las precauciones, en relación con la corriente escéptica griega, incluyen elementos mínimos del escepticismo, lo que las convierte en algo ajeno al objeto del presente análisis. La verdadera clave de todo el entramado del escepticismo en el Renacimiento podría estar en la traducción, discusión y difusión de las tres obras mencionadas.

Como resulta muy difícil en el marco de este estudio dedicarse al análisis de estas tres obras señaladas por Popkin como las auténticas claves de la recuperación escéptica renacentista, vamos a ocuparnos, exclusivamente, del estudio de una de ellas, quizá la que más influencia ejerció al comienzo de este periodo conocido como Renacimiento: las *Cuestiones académicas* de Cicerón. La importancia de la recuperación de esta obra así como el papel que su difusión jugó en el conocimiento del escepticismo es lo que vamos a tratar de dilucidar en este estudio. Si bien en el pasado existió un gran desacuerdo para precisar la significación que pudo haber tenido el escepticismo en el desarrollo de la filosofía, la teología, la literatura e incluso la ciencia del Renacimiento, hoy en día la mayor parte de la crítica sí está de acuerdo en que la recuperación y asimilación de las enseñanzas escépticas en el Renacimiento es de una importancia capital.⁵

1. CICERÓN Y EL ESCEPTICISMO ACADÉMICO EN EL RENACIMIENTO

La obra de Cicerón conocida como *Cuestiones académicas* contiene, probablemente, una de las mayores exposiciones del escepticismo académico de la literatura latina. En este diálogo –pues la obra presenta ese formato–, se presentan con detalle las enseñanzas más importantes de

² Parece ser que el primer pensador en crear este concepto de método de conocimiento o método científico fue Francisco Sánchez (1551-1623). Popkin situó a Sánchez como un precedente importante de la moderna filosofía analítica por su preocupación por el papel del lenguaje en la filosofía. Véase BERMÚDEZ, M., *La recuperación del escepticismo en el Renacimiento como propedéutica de la filosofía de Francisco Sánchez*, Madrid, 2006, pp. 22 y ss. De lo que no cabe duda es que Francisco Sánchez usó la expresión *methodus sciendi* en su obra *Que nada se sabe* (1581) cuarenta años antes de que Francis Bacon formulara su propuesta de método en el *Novum organum*.

³ Después de esta primera aproximación al escepticismo ocurrida en el Renacimiento tendrá lugar una transformación que provocará que esta corriente de pensamiento asuma una doble vertiente y se escinda: por un lado aparecerá con fuerza propia el reclamo fideísta a la autoridad que acababa con la confianza en las discusiones teológicas y reclamaba como único criterio la fe dirigida por la Iglesia, generalmente la Iglesia Católica, aunque también las corrientes reformistas harán cierto uso del fideísmo. Por otro lado surgirá el llamado «libertinismo» con su desprecio del poder constituido y que tendrá su punto culminante con los *libertins erudits*. Ambas caras aparecerán recogidas en el *Dictionnaire* de Pierre Bayle. Cfr. TODESCO, F., «La rinascita dello scetticismo in età moderna», en *Giornale critico della filosofia italiana*, vol. XI (1991), pp. 142-145. Sobre los libertinos eruditos hay mucha literatura crítica, recomendamos CHARLES-DAUBERT, F., *Les libertins erudits en France au XVIIe siècle*, Presses Universitaires de France, 1998.

⁴ El concepto de descubrir y redescubrir una obra es lúbil y controvertido. Que determinadas obras fueran «redescubiertas» en el Renacimiento no quiere decir que durante la Edad Media no se las conociera, sino que pasaron más o menos inadvertidas. En el caso de los textos escépticos, que es el que aquí nos ocupa, estos textos llevaron una existencia muy mitigada, en el sentido de que no lograron desarrollar una corriente filosófica importante. Sin embargo, una mirada más atenta demuestra que el escepticismo académico en concreto, que nos interesa aquí, sí jugó un papel relativamente predominante en la filosofía y la cultura medievales. Según Miguel Ángel Granada, la ausencia de protagonismo del escepticismo en la Edad Media, más o menos aceptada por la crítica filosófica contemporánea, se debió, principalmente, a dos factores: el primero a causa de la debilidad con la que se transmitieron las fuentes escépticas grecorromanas durante este periodo de la historia. El segundo, porque el pensamiento medieval era esencialmente dogmático y no necesitaba del escepticismo, si bien este dogmatismo del que habla Granada sea mucho más moderado de lo que se pueda pensar. Véase GRANADA, M. A., *El umbral de la modernidad*, Barcelona, 2000, pp. 119-167. Es aquí, quizá, donde corresponde señalar que, probablemente, la confianza en la razón mantenida por la escolástica medieval no era tan grande como se piensa habitualmente y esto a pesar de que la escolástica ha sido considerada dogmática y alejada del escepticismo. Véase BERMÚDEZ, M., *op. cit.* pp. 24-35.

⁵ Entre los muchos pensadores y eruditos que se han dedicado al estudio de la importancia del escepticismo en los siglos XV y XVI considero que merece una mención especial Charles B. Schmitt, su artículo, «The recovery and assimilation of ancient scepticism in the Renaissance», *Rivista critica di storia della filosofia* (1972), pp. 363-384, sigue siendo una referencia fundamental.

esta rama del escepticismo que tenía su base en la antigua Academia de Platón. De hecho, cuando Cicerón redacta su diálogo, el escepticismo académico estaba activo en Atenas y continuaba presente en varias partes del mundo intelectual.

Lo que podemos llamar la doctrina académica también está presente en otras obras de Cicerón, fundamentalmente, la segunda obra en importancia para la exposición de esta postura es *Sobre la naturaleza de los dioses (De natura deorum)*.⁶

La diferencia principal entre estas dos obras es que el escepticismo académico aparece de una forma más coherente y abarcando un mayor número de problemas filosóficos en *Cuestiones filosóficas*; mientras que en *Sobre la naturaleza de los dioses* los argumentos que aparecen son prácticamente todos de naturaleza crítica lo cual provoca que esta obra adolezca de cierta falta de perspectiva filosófica en relación con la doctrina académica que es lo que aquí más nos interesa. Ello nos conduce a prestar más atención, de cara al objetivo del presente estudio, al primero de estos escritos: *Cuestiones académicas*.

Resulta necesario en este momento realizar un alto para describir la forma en que esta obra fue escrita y la manera en que ha llegado hasta nosotros. Existe cierta divergencia entre la crítica moderna sobre el número de redacciones que tuvo el diálogo de Cicerón. Charles B. Schmitt hablaba de dos redacciones de esta obra. Según su opinión, después de la primera versión Cicerón revisó el resultado y realizó un cambio, transformando esta obra que pasó de estar conformada por dos libros y con cuatro interlocutores a tener cuatro libros y solamente dos interlocutores. Mientras que en la primera versión, a la que llama *Academica priora*, aparecían Catulo, Hortensio, Lúculo y Cicerón, en la segunda, a la que llama *Academica posteriora*, sólo aparecían Varrón y Cicerón.⁷

Ahora bien, toda esta exposición de Schmitt ha sido puesta en duda por parte de la crítica filológica moderna. El estado actual de la cuestión sobre el origen y redacciones de la obra de Cicerón sería así: en el año 45 a. C. Cicerón se retiró para llorar a su hija Tulia a la que amaba especialmente. Durante este tiempo redactó su *Hortensio* y, según se desprende de su correspondencia con Ático,⁸ debió concluir sobre el mes de mayo del año 45 a. C. los dos libros que formaban la primera redacción de *Cuestiones académicas*: el *Catulo* y el *Lúculo*. De estos dos libros, solamente ha llegado hasta nosotros el segundo, *Lúculo*.⁹ No se sabe con certeza cuál era el contenido del primer libro, pero se supone que en él Catulo presentaba la teoría de la probabilidad de Carnéades; Hortensio defendía el dogmatismo de Antíoco de Escalón y Cicerón la teoría de la probabilidad tal y como la entendía el académico Filón de Larisa.¹⁰

Parece ser que Cicerón no se sintió del todo satisfecho con los interlocutores elegidos para esta primera redacción de su diálogo que eran, como hemos indicado antes al presentar la teoría de Schmitt, Quinto Lutacio Catulo, Lucio Licinio Lúculo, Quinto Hortensio Hortalto y el propio Cicerón. El motivo por el cual no le pareció una elección adecuada fue por la relativa ignorancia de los interlocutores sobre temas de filosofía.¹¹ En una segunda redacción, Cicerón pondrá en el lugar de los anteriores a Catón el Uticense y a Marco Junio Bruto.¹² El investigador Julio Pimentel, editor de una de las ediciones de referencia de *Cuestiones académicas*, ha supuesto que en esta segunda redacción de la obra los personajes de Catón y Bruto presentaban el dogmatismo de Antíoco y trataban, de este modo, de impugnar las teorías de los miembros de la Academia nueva¹³ Arcesilao, Carnéades y Filón. En el otro bando estaría Cicerón que se encargaría de defender estas posturas.¹⁴ Esta sería la forma en que quedó la segunda redacción de *Cuestiones académicas*, sin embargo, de esta versión no ha llegado hasta nosotros nada, sabemos de su existencia por la correspondencia de Cicerón con Ático.

⁶ Los argumentos filosóficos de esta obra llegarán a ejercer influencia en David Hume y son una fuente importante de su obra *Dialogues concerning natural religion*, de 1779. Véase SCHMITT, CH. B., *Cicero scepticus. A study of the influence of the Academia in the Renaissance*, La Haya, 1972, p. 18. También INWOOD, B. y MANSFELD, J., (editores), *Assent and argument. Studies in Cicero's academic books*, Leiden, 1997.

⁷ Cfr. ROMÁN, R., *El escepticismo antiguo: posibilidad del conocimiento y felicidad*, Córdoba, 1994, p. 37; LÉVY, C., *Cicero academicus. Recherches sur les Académiques et sur la philosophie ciceronienne*, Roma, 1992, pp. 129-180 y SCHMITT, Ch. B., *op. cit.*, p. 20.

⁸ CICERÓN, *Cartas a Ático*, XIII, 32, 3.

⁹ Para un estudio pormenorizado sobre la estructura del *Lúculo*, véase LÉVY, C., *op. cit.*, pp. 152-180.

¹⁰ CICERÓN, *Cuestiones académicas*, edición de Julio Pimentel Álvarez, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, introducción, p. VIII.

¹¹ CICERÓN, *Cartas a Ático*, XIII, 16, 1.

¹² CICERÓN, *Cuestiones académicas*, introducción, pp. VIII-IX. Catón, bisnieto de Catón el Viejo, era defensor del estoicismo y Bruto seguía las doctrinas de Antíoco, cuya teoría del conocimiento coincidía con la de los estoicos.

¹³ Sobre la terminología utilizada para referirse a la Academia hay cierta confusión. Cicerón, en *Cuestiones académicas*, será el primero que se ocupe del problema de la distinción de los periodos de la Academia platónica. En su diálogo recoge las dos tesis fundamentales que sitúan la clave del problema. Por un lado, Filón de Larisa –que fue escolarca de la Academia y maestro de Cicerón– niega la existencia de más de una Academia y no considera que haya habido ninguna ruptura en ningún momento de su historia. Por otro lado, la tesis defendida por Antíoco de Escalón –discípulo de Filón–, que sostiene que Arcesilao transformó la filosofía platónica en una filosofía escéptica basada en que nada se puede saber o percibir. A partir de aquí distinguiría entre una Academia Nueva y una Academia Antigua. Véase ROMÁN, R., «La nueva academia: dogmatismo o skepsis», *Pensamiento*, vol. 51, número 201(1995), p. 455. Es curioso señalar aquí lo que consideramos una ligera imprecisión de Schmitt quien expone que Sexto Empírico distinguía cinco academias distintas, véase SCHMITT, *op. cit.*, p. 21, n. 11. Ahora bien, yendo directamente a Sexto Empírico podemos comprobar que éste se cuida muy bien de decir que hubo cinco academias, esta es la manera en la que lo expone: «Ha habido, como dice la mayoría, tres Academias: la Primera y más antigua, la de los platónicos; la Segunda o Media, la de Arcesilao, el discípulo de Polemón; la Tercera o Nueva, la de Carnéades y Clitómaco. Pero unos cuantos también añaden como Cuarta la de Filón y Cármidas. E incluso algunos califican de Quinta la de Antíoco», SEXTO EMPÍRICO, *Hipótesis pirrónicas*, I, 220.

¹⁴ SCHMITT, Ch. B., *op. cit.*, p. 21. Véase también HARRIS, B. F., *Cicero as an academic*, Universidad de Auckland, 1961.

El motivo para que hubiera un tercer cambio en el diálogo fue que Ático recordó a Cicerón que debía dar un papel protagonista a Varrón, el polígrafo latino, en una de sus obras.¹⁵ Cicerón se decidió a dedicar a Varrón su *Cuestiones académicas*, para ello sustituirá a Catón y a Bruto por Varrón, coincidiendo que este era defensor de las doctrinas de Antíoco. De los dos libros originales, ahora surgirán cuatro,¹⁶ los interlocutores serán ahora Varrón, Ático y Cicerón. De esta tercera versión solamente se conserva el primer libro y este, incompleto.

Según las suposiciones de Pimentel el contenido de los libros perdidos de esta tercera redacción era aproximadamente este: en el libro segundo Cicerón expondría las posturas de Carnéades; en el libro tercero Varrón impugnaba estas doctrinas al modo de Antíoco de Escalón y en el cuarto libro Cicerón defendería la postura escéptica de estos ataques. El papel de Ático sería totalmente secundario a lo largo de toda la tercera redacción de *Cuestiones académicas*, al igual que en la parte conservada del primer libro¹⁷.

A pesar de la enorme importancia de Cicerón y su influencia en todo el pensamiento posterior, su obra *Cuestiones académicas* fue una de las menos conocidas y trabajadas. Para hacerse una idea de la poca difusión de esta obra basta con comparar el número reducido de copias de *Cuestiones académicas* listadas en catálogos medievales manuscritos frente a las múltiples copias existentes de otros escritos más famosos, tales como *De officiis* o *De amicitia*.¹⁸ Su exposición del escepticismo académico alcanzará muy poco eco. La relativa falta de conocimiento de las obras filosóficas de Cicerón a lo largo de la Edad Media, incluida la que aquí nos ocupa, no se subsanará hasta el siglo XV, cuando por fin comiencen a desarrollar un papel más importante en las discusiones filosóficas.

2. EL PAPEL DE LACTANCIO Y SAN AGUSTÍN EN LA DIFUSIÓN DEL ESCEPTICISMO ACADÉMICO

Volviendo al análisis de la distribución, difusión e influencia de la obra de Cicerón, debemos hacer un breve alto en dos autores antiguos que, con toda probabilidad,

bebieron de esta fuente. Estos autores son Lactancio y Agustín. Será con Lactancio cuando por primera vez se encuentre un interés serio en las ideas relativas al escepticismo académico.¹⁹

A pesar de que tanto Lactancio como Agustín son autores antiguos (y por tanto muy alejados del foco de atención de este estudio), su discusión sobre el escepticismo de la Academia será muy importante y permitirá hacer de este una herramienta accesible durante la Edad Media, de ahí que la descripción de su evolución sea adecuada y conveniente en este apartado. Bien es cierto también que sus consideraciones e interpretaciones de la filosofía de la Academia son muy diferentes, si no opuestas. Mientras Lactancio aprueba la postura del escepticismo académico expuesto por Cicerón, —él ve en la crítica académica de las escuelas dogmáticas un camino para llegar al conocimiento—, Agustín lo contempla de una manera contraria, para este las dudas escépticas deben ser refutadas para alcanzar el conocimiento y la posibilidad de una fe firme apoyada en la certeza de Dios.²⁰

La obra más importante de Lactancio fue *Divinarum institutionum libri septem*, una exposición de carácter apologético del cristianismo en la que también se incluía una parte sobre la falsedad de otras religiones. A lo largo de este libro desarrolla una posición fideísta que presenta multitud de similitudes con las polémicas anti-filosóficas de siglos posteriores. Utilizará los argumentos escépticos para demostrar la «dudosa calidad de las doctrinas de los filósofos dogmáticos».²¹ Lactancio debió contar con una biblioteca importante, sobre todo en literatura latina. Las principales fuentes que le permitieron conocer la posición de la Academia debieron ser *Cuestiones académicas* y *Sobre la naturaleza de los dioses*. Algunos de los términos utilizados proceden directamente de la primera de estas obras, como la «suspensión del juicio», lo cual es una prueba clara de su dependencia de Cicerón respecto a la fuente de la filosofía académica.

La principal característica que cabe señalar aquí es que Lactancio será uno de los primeros pensadores cristianos en presentar la postura fideísta. Mediante la debilitación del conocimiento no quedará más remedio al creyente que

¹⁵ Varrón había prometido a Cicerón dedicarle una obra, pero seguía trabajando en ella, de modo que Marco Tulio decidió adelantarse para complacer a Ático. Véase, CICERÓN, *Cuestiones académicas*, introducción, p. IX.

¹⁶ Véase, CICERÓN, *Cartas a Ático*, XIII, 13, 1.

¹⁷ CICERÓN, *Cuestiones académicas*, introducción, p. XI. En resumen, hubo tres redacciones de *Cuestiones académicas*. La primera comprendía dos libros, el *Catulo* y el *Lúculo*, fue concluida alrededor de mayo del año 45 a. C.; la segunda, los personajes Catulo, Lúculo y Hortensio fueron sustituidos por Catón y Bruto, fue terminada en junio del año 45 a. C.; la tercera redacción constaba de cuatro libros, tenía como interlocutores a Varrón, Cicerón y Ático y fue concluida el día 30 del mismo mes. Sólo conservamos el libro segundo de la primera redacción, el *Lúculo* y el primero, aunque incompleto, de la tercera. Véase también ROMÁN, R., *El escepticismo antiguo...*, pp. 35-45. Comienza Román este capítulo sobre Cicerón con una paradoja, y es que si solo conserváramos los pasajes en que el autor de *Cuestiones académicas* habla sobre Pirrón, no habríamos sabido que este había sido un escéptico, como hemos señalado, para el romano el de Elis era un ético.

¹⁸ Cfr. SCHMITT, Ch. B., *op. cit.*, pp. 34-35.

¹⁹ Si bien es cierto que Tertuliano (ca. 160-ca. 230) también fue influido por el escepticismo antiguo, sus fuentes parecen haber sido los originales griegos. Frente a esto, tanto Lactancio (*floruit* 300, murió alrededor del año 330) como Agustín (354-430) solamente tenían la obra de Cicerón como fuente de la doctrina de la Nueva Academia.

²⁰ Véase SCHMITT, Ch. B., *op. cit.*, p. 25.

²¹ *Loc. cit.*, p. 26.

apoyarse en la fe, la fe cristiana, de manera que se restará validez a otras religiones o herejías que surjan debido a que estas siempre se apoyan en nuevas concepciones cuyo origen está en diferentes perspectivas sobre el conocimiento verdadero. El papel del fideísmo de Lactancio será el propio de un pensamiento en sus primeros pasos. Habrá que esperar a las guerras de religión y las disputas religiosas del Renacimiento para que el fideísmo brille con luz propia y alcance sus máximas cotas de desarrollo, utilizado como una herramienta primordial por los pensadores católicos frente a la panoplia de enfoques religiosos reformistas: luteranos, calvinistas, anglicanos y los restantes. Como haremos notar más adelante, los intelectuales reformistas nunca encontrarán una respuesta eficaz a las cuestiones generadas por el fideísmo y, en general, serán los grandes derrotados en la mayoría de los debates sostenidos, al menos hasta que el germen de escepticismo presente en el fideísmo comience a atacarse a sí mismo y se llegue a la identificación del escepticismo con el ateísmo que tendrá lugar en el siglo XVIII, cuando el matiz antirreligioso comience a aumentar y expandirse inexorablemente.

Con objeto de dibujar completamente el marco del origen del fideísmo, hemos de señalar, si bien brevemente, al que podemos considerar el primer pensador cristiano que hizo uso del escepticismo en su presentación fideísta. Este pensador fue San Hipólito.²² San Hipólito murió alrededor del año 235 y parece más allá de toda duda que empleó los escritos de Sexto Empírico para elaborar su obra *Refutatio omnium haeresium*, que puede ser datada alrededor del año 220-230. Probablemente este escrito fue el primero que usó el escepticismo como arma para atacar las herejías, nosotros hablaremos, en el caso de Hipólito, de un paleofideísmo. La importancia de Hipólito no radica solamente en la redacción de la primera obra de carácter fideísta, sino que además aporta una fecha *ante quem* para situar la cronología del Empírico. Hipólito parece un autor muy familiarizado con las cuestiones escépticas, algunos de los pasajes de su obra citan al pie de la letra otros presentes en Sexto. Sin embargo, San Hipólito no menciona nunca la utilización de las fuentes y no cita los autores de los que toma algo. La crítica se halla dividida entre considerar que ambos autores, Sexto e Hipólito, habían bebido de la misma fuente, en este caso Enesidemo²³ o, la otra posibilidad, que

sería que el segundo hubiera utilizado la obra de Sexto para elaborar su alegato fideísta,²⁴ utilizando instrumentalmente el escepticismo como herramienta y creando una corriente de pensamiento que alcanzará su culmen en el Renacimiento: el fideísmo. El escepticismo pirrónico aporta unas argumentaciones mucho más sólidas y agresivas en su exposición fideísta. Este paleofideísmo de Hipólito responde a la disponibilidad de este autor de los textos de Sexto, sin embargo, después de este impulso inicial, el fideísmo de los siguientes siglos, carente de fuentes pirrónicas, habrá de conformarse con la exposición académica procedente, fundamentalmente, de Cicerón, y en el análisis de este fideísmo es en el que estamos envueltos en este estudio.

Continuando con la segunda figura que nos prometimos analizar por su importancia a la hora de comprender la difusión de la obra de Cicerón nos detenemos ahora en Agustín.

Agustín de Hipona, con su obra *Contra los académicos*, trató de refutar el escepticismo académico. Si bien es verdad que este trabajo no puede compararse con otros del mismo autor –por ejemplo *La ciudad de dios* o *Confesiones*– es evidente que es un texto muy importante. A pesar de que el escepticismo ocupaba un lugar tan importante en el pensamiento de Agustín y en su vida, las fuentes desde las que tuvo acceso a esta corriente no son, en absoluto, variadas. No hay ninguna evidencia de que Agustín conociera trabajos originales en griego de orientación escéptica. El de Hipona nunca leyó griego y, si lo aprendió, lo hizo muy mayor, cuando ya la etapa escéptica que sufrió quedaba muy atrás. Su única fuente sobre la tradición escéptica parece haber sido exclusivamente la obra de Cicerón.²⁵

Para Agustín la posición académica tenía poco valor y trató de acabar con ella y refutarla a través de su obra. Para el de Hipona, la salida del dilema escéptico se encontraba mediante «la combinación de la sumisión a la autoridad cristiana y la aceptación de la insistencia platónica de que la verdad yace más allá de las inconsistencias del mundo material, en una esfera no material, sino espiritual».²⁶

²² Véase FLORIDI, L., *Sextus Empiricus*, Oxford, 2002, p. 5. Floridi se ocupa, principalmente, de dirimir la disputa de la crítica sobre el uso de Sexto Empírico por parte de San Hipólito en su obra *Refutatio omnium haeresium*. Hipólito (170 ca- 235) fue el primero en escribir una obra teológica sobre el dogma.

²³ A favor de esta postura: JANÁČEK, K., «Hippolytus and Sextus Empiricus», *Eunomia*, 1959, pp. 19-21; HERSHBELL, J. P., «Hippolytus' *Elenchos* as source for Empedocles re-examined», *Phronesis*, 18 (1973), pp. 97-114 y 187-203.

²⁴ Obras a favor de esta postura: AMAND, D., *Fatalisme et liberté dans l'antiquité grecque. Recherches sur la survivance de l'argumentation antifataliste de Carnéade chez les philosophes grecs et les théologiens chrétiens des Quatre premiers siècles*, Lovaina, 1945. También Floridi se decanta a favor de la tesis del plagio por parte de Hipólito, FLORIDI, L., *op. cit.*, pp. 5-6.

²⁵ KIRWAN, C., «Augustine against the Sceptics», *The skeptical tradition*, Los Angeles, 1983, pp. 205-224.

²⁶ SCHMITT, Ch. B., *op. cit.*, p. 31. Vale la pena señalar aquí que Schmitt considera que existen insinuaciones y alusiones sutiles en los escritos de Agustín que parecerían demostrar que algunas reminiscencias de su adhesión juvenil a ciertas posiciones escépticas nunca fueron eliminadas totalmente. Sin embargo, el investigador británico, tempranamente malogrado, no las indica. Schmitt considera que, conforme el pensamiento de Agustín fue evolucionando y madurando, la importancia central del cristianismo fue aumentando a expensas de otras doctrinas filosóficas, en este caso sería la corriente del escepticismo. No obstante, esto no equivale a decir que su platonismo no permaneció en su acervo intelectual a lo largo de toda su vida, a pesar de sus obras tardías *Retractationes* y *Quaestio de ideis*. La conclusión respecto a esta evolución sería que, al menos en un nivel consciente, el elemento cristiano pasó a ocupar un lugar más predominante y el elemento de la filosofía griega pasó a ocupar un lugar secundario en el contexto intelectual de la formación de Agustín.

La importancia e influencia del de Hipona fue enorme a lo largo de toda la Edad Media. Si bien el *Contra los académicos* no fue una obra muy popular, sí que alcanzó cierta difusión. Schmitt hace una simple comparación numérica para valorar la atención que esta obra pudo recibir: en la lista de los manuscritos de Agustín que había en Italia se recogían veintidós manuscritos del *Contra los académicos* existentes en las bibliotecas italianas. Esto lo podemos comparar con los ochenta y un ejemplares de *Confesiones*, los ciento cinco de *La ciudad de dios* y los setenta y dos de *De trinitate*.²⁷

3. EL ESCEPTICISMO ACADÉMICO EN LA EDAD MEDIA: JOHN DE SALISBURY Y HENRY DE GANTE

De aquí se puede inferir que este trabajo fue conocido por muchos pensadores y teólogos tardomedievales y de la temprana Edad Moderna. Sin embargo, relativamente pocos tomaron en serio el escepticismo como hizo Agustín.

Un autor que por su atención a la posición del escepticismo académico merece atención es el pensador del siglo XII John de Salisbury (*ca.* 1125-1180).²⁸ A pesar de que manejó una amplia variedad de fuentes clásicas, lo que le ha valido el apelativo de «humanista medieval», no parece que conociera la obra de Cicerón directamente.²⁹ Cicerón, si bien fue ampliamente conocido a través de la obra de Agustín *Contra los académicos*, no parece haber sido objeto de mucha atención antes del final del siglo XIII. Anterior a esta fecha sólo podemos mencionar a un sacerdote y bibliotecario del siglo IX llamado Hadoardus, señalado por Schmitt como el primer pensador que usó las obras filosóficas de Cicerón en la Edad Media. El manuscrito de este sacerdote contenía varios pasajes extraídos de algunos de los escritos filosóficos de Cicerón, con la intención de sintetizar y ordenar estas obras de una forma más coherente.³⁰ John de Salisbury demostró en su obra cierta admiración y simpatía por los filósofos académicos, a los que consideraba más modestos en sus afirmaciones que los miembros de otras escuelas dogmáticas.³¹ La crítica moderna sí está de acuerdo en que John de Salisbury conoció

la obra de Cicerón a través de fuentes intermediarias, incluyendo entre ellas la obra de Agustín.³²

Un punto de contacto entre la aproximación de John de Salisbury y algunos de los pensadores posteriores que dedicarán parte de su obra a los argumentos del escepticismo académico será este de la modestia de sus reivindicaciones. Por ejemplo, Gianfrancesco Pico, sobrino del otro Pico, el de las novecientas tesis, presentará un elemento similar en su obra al indicar que los escépticos deben ser reconocidos positivamente en tanto que ayudan a disminuir la arrogancia de las escuelas dogmáticas.³³

En su discusión sobre el escepticismo académico, John de Salisbury se ocupa simplemente de los elementos más destacados del mismo –por ejemplo la falacia de los sentidos y la falibilidad de la lógica–, dando pocos detalles sobre estos. Sobre lo que sí hará mayor hincapié será sobre la doctrina académica del probabilismo.³⁴ En este caso Schmitt hace una crítica seria a la falta de interés de su análisis filosófico, muy por debajo de Agustín, a quien tampoco sitúa en un elevado plano filosófico.³⁵ La propuesta que aquí planteo consiste en disminuir esta crítica, valorando en cambio un aspecto que sí considero importante, y es que la exposición de John de Salisbury sobre el escepticismo académico muestra que, al menos, existía cierto interés en el ataque contra el conocimiento ya en el siglo XII.³⁶ Bien es cierto que este autor fue muy influyente, pero más en la esfera de la literatura y en la de la tradición moral de carácter didáctico que en la tradición filosófica. Lo cual no resta interés al hecho de que dedicara tanto tiempo y espacio en su obra a las objeciones al conocimiento que presentaba el academicismo.

John de Salisbury fue el único autor, antes del siglo XIII, que tuvo algún vínculo con la tradición escéptica, lo cual ha llevado a la crítica contemporánea a pensar que la doctrina académica no estaba muy extendida.

Un siglo después de John de Salisbury volvemos a encontrar un autor interesado en los argumentos escépticos

²⁷ SCHMITT, Ch. B., *op. cit.*, p. 32, nota 47.

²⁸ El hecho de que nos ocupemos aquí de John de Salisbury y, más adelante, de Henry de Gante, ambos pensadores medievales, responde a un propósito de mayor unidad y claridad a la hora de describir la evolución que sufrió el escepticismo académico hasta el Renacimiento. Tanto John de Salisbury como Henry de Gante tuvieron en común su vínculo con la obra de Cicerón, si bien sus interpretaciones y posicionamientos son distintos, como veremos a continuación.

²⁹ Cfr. SCHMITT, Ch. B., «The rediscovery of ancient scepticism in Modern Times», *The skeptical tradition*, Londres, 1983, p. 227.

³⁰ Véase SCHMITT, *op. cit.*, p. 35. El manuscrito de Hadoardus no presenta características analíticas o críticas, es más bien una mera recopilación (Vat. Reg. 1762).

³¹ LÉVY, C., *op. cit.*, p. 59. La idea de que los académicos eran los filósofos más modestos volverá a aparecer a menudo a lo largo de la historia del escepticismo. Por ejemplo, lo veremos en el Renacimiento en Omer Talon en su comentario a la obra de Cicerón, también en Joannes Rosa y en Gianfrancesco Pico della Mirandola, en cuya obra contra el aristotelismo será un tema central.

³² Cfr. POPKIN, R., *The history of scepticism from Savonarola to Bayle*, Oxford, 2003, pp. 17-44 y SCHMITT, Ch. B., *op. cit.*, p. 37.

³³ Cfr. SCHMITT, Ch. B., *Gianfrancesco Pico della Mirandola (1469-1533) and his critique of Aristotle*, La Haya, 1967, p. 53. También existen similitudes con Omer Talon y Joannes Rosa, autores ambos que, como veremos más adelante, incluyeron el escepticismo académico como parte importante de sus obras.

³⁴ SCHMITT, *Cicero scepticus*, p. 37. John de Salisbury también se detiene en mostrar las diferentes formas y maneras en las que los animales se muestran superiores al ser humano.

³⁵ *Loc. cit.*, p. 38.

³⁶ Véase, por ejemplo LÉVY, C., *op. cit.*, p. 59. Aquí Lévy expresa lo injusto que sería considerar que la Edad Media ignoraba el pensamiento del escepticismo académico.

presentes en la Academia, este pensador es Henry de Gante († 1293).³⁷ Henry ofrece una perspectiva distinta para encarar el problema del conocimiento, tanto en lo referente a sus fuentes, como a sus límites. Fue el investigador E. Gilson quien señaló que la obra de Henry de Gante, *Summa*, es el primer trabajo en cuyas páginas iniciales se tratan cuestiones escépticas básicas antes de pasar a otros asuntos.³⁸ La posición de los académicos es tratada en esta obra en varios contextos, muchos de los cuales parecen proceder del *Contra los académicos* de Agustín, no obstante, existen también varias referencias directas a la obra de Cicerón.³⁹ Henry de Gante parece conocer bastante bien la posición del escepticismo académico, incluso se intuye que entiende en su justa medida todas las ramificaciones epistemológicas que conlleva.⁴⁰

En opinión de Schmitt, Henry de Gante conocía de forma directa la obra *Cuestiones académicas* de Cicerón, puesto que cita algunos pasajes del diálogo que no aparecen en el *Contra los académicos*. Sin embargo, también señala Schmitt que Henry de Gante malinterpreta las aseveraciones de Cicerón y considera que el romano rechaza la postura académica, cuando en realidad es todo lo contrario. El origen de este error puede estar en una interpretación incorrecta del texto de Cicerón, así como sus implicaciones.⁴¹ Sea como fuere, lo que sí es evidente es que Henry de Gante consideraba que Cicerón no era un académico y aprobaba su postura, y también sabemos que cita directamente *Cuestiones académicas*.⁴²

A partir del siglo XIV habrá un aumento de las preocupaciones epistemológicas, será entonces cuando se pueda considerar un ligero desarrollo de ciertas tendencias escépticas. De todos modos, esta tendencia, que presenta algunos puntos de contacto tangenciales con el escepticismo, no parece haberse alimentado de fuentes clásicas del escepticismo, ni siquiera de la obra de Cicerón *Cuestiones académicas*, que era la fuente más accesible. La clave de todo este entramado no se encuentra aquí. Es verdad que existen algunos autores que presentan una preocupación

común con cierto matiz escéptico, pero el origen de este asunto no parece que esté en las fuentes del escepticismo clásico, que tendrán que esperar al Renacimiento para ser recuperadas, ni tampoco en el escepticismo académico, que si bien gozó de cierta atención durante el final de la Edad Media, tampoco tuvo una atención preferente. El origen de esta tendencia no está en ninguna de estas dos fuentes.

4. LAS CUESTIONES ACADÉMICAS DE CICERÓN EN EL RENACIMIENTO

Así pues, debemos mencionar que, aunque encontramos un aumento del interés en la obra de Cicerón *Cuestiones académicas* a lo largo de los siglos XIV y XV, no será hasta mediados del siglo XVI cuando este trabajo comience a ser tenido en mayor consideración. Petrarca conoció esta obra y la incluyó entre sus libros favoritos, incluso llegó a tener un ejemplar, sin embargo la influencia que ejerció en su pensamiento es bastante escasa.⁴³ Para Ullman, a pesar de que Petrarca cita algunas veces el diálogo de Cicerón, no lo hace en la misma medida con que cita y utiliza pasajes de otras de sus obras. Frente a esta posición que tiende a disminuir y relativizar la importancia del escepticismo académico en Petrarca, se encuentra la de varios investigadores modernos que destacan cierta tendencia hacia el academicismo en el pensamiento del llamado padre del humanismo.⁴⁴

Es importante consignar aquí que, en general, todo intento de extraer la influencia de la obra de Cicerón *Cuestiones académicas* en los escritos de los humanistas italianos del siglo XV es muy poco provechoso. Lo que resulta paradójico es que, sabiendo la importancia de un autor como Cicerón para los humanistas, podríamos esperar una mayor atención y una discusión más intensa sobre una obra tan fascinante como *Cuestiones académicas*, y, sin embargo, no es el caso. Debido a una serie de razones que han sido hipotetizadas por la crítica, pero que adolecen de cierta falta de contundencia, *Cuestiones académicas* es una

³⁷ Véanse la introducción de la edición moderna de su obra, HENRY DE GANTE, *Summa quaestionum ordinariorum*, Nueva York, 1953. Esta edición es una reimpresión de la edición de París de 1520.

³⁸ GILSON, E., *La filosofía en la Edad Media*, Madrid, 1958, p. 750. En esta obra, Gilson se muestra partidario, entre otras cosas, de considerar que existen elementos escépticos en varios pensadores medievales, entre otros en el mismo Guillermo de Ockham.

³⁹ Véase SCHMITT, Ch. B., *Cicero scepticus*, p. 40.

⁴⁰ De hecho, como hemos indicado unas líneas más arriba, la posición de la Academia es establecida claramente desde el comienzo de su obra *Summa*, véase, HENRY DE GANTE, *op. cit.*, fol. Ir.

⁴¹ Cfr. SCHMITT, Ch. B., *Cicero scepticus*, pp. 40-41. Schmitt ofrece varias hipótesis para tratar de explicar este error de interpretación: una posibilidad pudo ser que Henry de Gante tuviera un manuscrito incompleto del *Lúculo*, o pudo haberlo leído rápidamente sin ver que Cicerón, en la parte final del diálogo, habla defendiendo el punto de vista de la Academia frente a la opinión de Lúculo. Otra posibilidad que indica Schmitt es que quizá Henry de Gante trató de encubrir conscientemente el hecho de que la postura de Cicerón en ese diálogo era la de los escépticos académicos.

⁴² *Loc. cit.*, p. 41. La crítica más seria que sufrirá la teoría del conocimiento de Henry de Gante vendrá por parte de Duns Escoto, quien tratará de refutar la posición del de Gante y, curiosamente, sin mencionar a Cicerón lo más mínimo. Este debate volverá a surgir a comienzos del siglo XVI, con Gianfrancesco Pico, quien tratará de defender la posición de Henry de Gante frente a los ataques de Escoto. Para esto véase SCHMITT, Ch. B., «Henry of Ghent, Duns Scotus and Gianfrancesco Pico on Illumination», *Medieval studies*, 25 (1963), pp. 231-258.

⁴³ Véase ULLMAN, B. L., *Studies in the Italian Renaissance*, Roma, 1955, pp. 118-137.

⁴⁴ Entre estos eruditos modernos se encuentran: SEIGEL, J. E., *Rhetoric and philosophy in Renaissance humanism*, Princeton University Press, 1968 y TRINKAUS, C., *In our image and likeness: humanity and divinity in Italian humanist thought*, Londres, 1970. Frente a estas dos posiciones se encuentra la de Charles Schmitt, quien señala la presencia de algunos elementos escépticos en Petrarca, pero es más cauto a la hora de evaluarlos como algo verdaderamente importante, cfr. SCHMITT, Ch. B., *Cicero scepticus*, p. 46.

de las obras de Cicerón más descuidadas durante los siglos XIV y XV, y tardará además en ser tenida en cuenta en el siglo XVI. La hipótesis que aventuramos es que pudo ser una razón de este descuido la imagen que en este escrito da Cicerón de sí mismo, una imagen que no cuadra con la idea general que durante el Renacimiento se tuvo de él. Considerado un filósofo original de considerable importancia, además de un extraordinario orador y no simplemente como un importador de las teorías filosóficas griegas. Como decimos, esta idea no se corresponde con la evaluación de conjunto que de Cicerón se tenía. Quizá el problema está en la propia obra, por su confusión y falta de claridad expositiva.

Una de las cosas que encontramos en *Cuestiones académicas*, sobre todo en el discurso llamado *Lúculo*, es que Cicerón adopta una postura filosófica bastante inusual en él, el escepticismo académico. El discurso final de Cicerón está dedicado a atacar las escuelas dogmáticas tradicionales –platónicas, epicúreos, estoicos y aristotélicos-. Los pensadores y humanistas del Renacimiento debieron de encontrar este hecho un tanto desconcertante. Aunque ellos conocían a un Cicerón excelente orador y rétor (como se observa en muchas de sus obras), un Cicerón lleno de sutileza como filósofo en obras como *De officiis* y *De natura deorum*, cuando los hombres del Renacimiento se tropezaron con un Cicerón atacando las escuelas filosóficas más importantes no supieron cómo interpretarlo ni qué hacer con dicha obra. Lo que pareció su respuesta fue dejar a un lado *Cuestiones académicas* y no considerarla como importante hasta bien entrado el siglo XVI, cuando las ideas del escepticismo antiguo eran ya mejor conocidas y no tenían el aura extraña y un tanto extravagante que poseían unos años antes.

A raíz de la aparición de la imprenta la obra de Cicerón *Cuestiones académicas* se distribuyó ampliamente en muy poco tiempo. La *editio princeps* de este trabajo apareció por primera vez en Roma en el año 1471, como parte de una magna edición de las obras de Cicerón titulada *Opera philosophica*.⁴⁵ Rápidamente aparecieron otras ediciones y la disponibilidad de este diálogo fue aumentando sin detenerse, sin embargo habrá que esperar hasta el año 1535 para que aparezca una edición de *Cuestiones académicas* por separado, ya que habitualmente era incluida en ediciones de las obras completas de Cicerón. No obstante, a pesar de esta amplia difusión, no hubo un interés correspondiente con ella. No parece que las ideas filosóficas incluidas en *Cuestiones académicas* gozaran de atención y habrán de

pasar casi setenta años desde la primera edición de la obra hasta que aparezcan notas y comentarios sobre ella.

Cuando a partir de la década de 1530 se produzca un cambio en el interés del mundo intelectual sobre *Cuestiones académicas*, inicialmente responderá a una atención más bien filológica, textual e histórica y no tanto a sus implicaciones filosóficas y escépticas.

Podemos situar el año 1536 como el comienzo de este cambio. En esta fecha aparece una obra de Pier Vettori, *Explicationes suarum in Ciceronem castigationum*, en Venecia.⁴⁶ Vettori fue el primero en publicar una serie de anotaciones sobre *Cuestiones académicas* y, una vez abierto el camino, otros continuaron después esta senda. Un año antes, en 1535, había aparecido en Francia la obra de Guillermo Budé *De transitu Hellenismi ad Christianismum*, en la que se muestra cierto interés en la doctrina del escepticismo académico y una discusión sobre algunas de sus enseñanzas. Budé dispuso de *Cuestiones académicas* como una de sus fuentes, entre las que se encontraba también Diógenes Laercio, otro de los autores clave a la hora de interpretar la recuperación del escepticismo en el Renacimiento. Antes de que acabara el siglo, al menos una docena de humanistas y pensadores hicieron sus comentarios a esta obra de Cicerón, si bien tan solo unos pocos de ellos pueden ser considerados ciertamente importantes para la historia intelectual, entre ellos debemos destacar a Omer Talon, Giulio Castellani, Joannes Rosa⁴⁷ y Pedro de Valencia. Hemos de destacar que, en la lista ofrecida por Schmitt de los comentaristas de Cicerón, hay una importante ausencia, la de Pedro de Valencia, al que no incluye en el elenco, siendo este un pensador al que no podemos permitirnos dejar atrás en un análisis sobre el impacto de *Cuestiones académicas* de Cicerón en el siglo XVI.

Como una vía paralela a la presencia del escepticismo académico en estos cuatro autores, está también su utilización en materia de las disputas y controversias religiosas. Personajes como Erasmo de Róterdam, Martín Lutero, Philip Melancthon, Teodoro de Beza y Sebastián Castalión tendrán que prestar mayor o menor atención, según los casos, a esta rama del escepticismo que fue adquiriendo un papel más importante conforme el enfrentamiento entre católicos y protestantes se fue radicalizando.

La importancia que el escepticismo pudo tener en las controversias religiosas generadas por la Reforma

⁴⁵ Cfr. SCHMITT, Ch. B., *Cicero scepticus*, p. 53.

⁴⁶ SCHMITT, Ch. B., «The recovery and assimilation of ancient scepticism in the Renaissance...», p. 371. Pier Vettori era también conocido como Petrus Victorius.

⁴⁷ La lista de estos autores que comentaron a Cicerón en el siglo XVI se halla desarrollada y detallada en SCHMITT, Ch. B., *Cicero scepticus*, p. 55. Incluimos aquí el nombre de estos humanistas que publicaron sus comentarios a Cicerón y la cronología de sus obras: Pier Vettori (1536), Joachim Camerarius (1540), Paolo Manuzio (1541), Daniele Barbaro (1542), Aulas Antonius Palmyraenus (1544), Omer Talon (1547), Adrien Turnébe (1553), Léger Duchesne (1558), Denys Lambin (1565-1566), Giannichele Bruto (1570), Joannes Rosa (1571), Fulvio Orsini (1581), Aldo Manzio, el joven (1583) y Pierre Fabri (1601). Como podemos ver, es una lista muy significativa. Señalamos de nuevo el notable olvido que Schmitt parece haber sufrido sobre la figura de Pedro de Valencia.

protestante es difícil de establecer. Un ejemplo de la discrepancia de opiniones en el seno de la crítica moderna lo establecen dos de los más importantes investigadores que se han encargado del escepticismo en el Renacimiento, Richar Popkin y Charles B. Schmitt. Mientras que para el primero no cabe duda del papel protagonista del escepticismo académico primero⁴⁸ –hasta 1562, fecha de la aparición de la obra de Sexto Empírico *Hipotiposis pirrónicas*- y del escepticismo pirrónico a partir de esta fecha, para el otro, Schmitt, no conviene enfatizar exageradamente el uso que de los instrumentos escépticos se hizo en los debates sobre religión del siglo XVI.⁴⁹ Nuestra postura a este respecto es la de reconocer la importancia de la utilización del escepticismo por parte de pensadores clave en las guerras intelectuales de religión. Como veremos seguidamente los principales personajes de esta batalla intelectual harán uso y tendrán que dar respuesta a las cuestiones planteadas por el escepticismo académico primero y el pirrónico después. Varios de los argumentos más importantes usados en las controversias religiosas procedían del escepticismo antiguo y las posiciones académicas, como por ejemplo el probabilismo y la suspensión del juicio que serán muy discutidos en los foros intelectuales de tema religioso.

Comenzando por Erasmo de Róterdam vemos que este, en su *Elogio de la locura*, concluido en 1509 y publicado en 1511, expresa cierta admiración por la postura académica:

«Tan grande es la oscuridad y tanta la variedad de las cosas humanas que nada claro podemos conocer de ellas, como bien dijeron ya los de la Academia, filósofos los menos pretenciosos, por cierto».⁵⁰

Erasmo introdujo una actitud escéptica como defensa del catolicismo. Su anti-intelectualismo y su renuencia a la introducción de la racionalidad en las discusiones de carácter teológico lo condujeron a proponer una defensa escéptica de la fe para permanecer dentro de la iglesia católica.⁵¹ La respuesta de Lutero fue bastante crítica y agresiva y el iniciador de la Reforma acusó a Erasmo en su *De servo arbitrio*, aparecido en 1525, de ser un escéptico, indicando que ningún cristiano debía de ser un escéptico, pues el cristianismo requería la afirmación de ciertas verdades. Esta acusación fue radicalmente rechazada por Erasmo en 1526 a través de las líneas de su *Hyperaspistes diatribae adversus servum arbitrium Martini Lutheri*,⁵² donde se vio obligado a dedicar bastante espacio a su defensa de que no podía ser caracterizado como un escéptico en materia de religión.

La réplica vendrá de parte del discípulo más importante de Lutero, Melanchton, quien es el que, probablemente, mejor representa la importancia creciente que el escepticismo académico iba adquiriendo conforme se entretejía en la controversia religiosa. Melanchton escribió *Loci communes theologici*, una obra que sufrirá cambios constantes y revisiones sucesivas.⁵³ Estos cambios que fueron llevados a cabo son una imagen muy interesante de cómo las cuestiones sobre la certidumbre y el papel del escepticismo iban alcanzando mayor detalle y desarrollo.

La obra, entre la aparición de la *editio princeps* en 1521 y la muerte de Melanchton en 1560, sufrió tres revisiones de gran envergadura y multitud de secciones fueron reescritas. Mientras que en la edición de 1521 el escepticismo no tuvo cabida, en la de 1533 el autor declara en el prefacio, donde se ocupa de la metodología, que la certidumbre es imprescindible en asuntos de fe y que la suspensión de juicio sostenida por los escépticos no es aceptable de ninguna manera.⁵⁴ En 1543 aparece otra edición de *Loci communes theologici* en la que la introducción metodológica es sustancialmente más larga y los comentarios de Melanchton sobre la duda y la suspensión del juicio ven aumentado el espacio que se les dedica. Esta evolución es una prueba clara del aumento paulatino de la importancia del escepticismo en el debate intelectual del siglo XVI que estuvo presidido por las cuestiones religiosas. A través de las ediciones de la obra fundamental de Melanchton podemos observar este cambio como a través de una sección estratigráfica. Hasta su muerte en 1560, Melanchton continuará su doctrina fundamentalmente crítica con el escepticismo académico.

Otro frente de batalla lo supondrá el enfrentamiento entre Teodoro de Beza y Sebastián Castalión. El origen de esta pugna estuvo en la condena a muerte de Miguel Servet por parte de un tribunal calvinista. Tras su muerte en la hoguera, el único intelectual que salió a la palestra entre los propios reformados para defender a Servet fue Sebastián Castalión, de Basilea. Este pensador escribió en 1554 *De haereticis, an sint persequendi et omnino quomodo sit cum eis agendum*, obra en la que vio que la única manera de atacar la condena a Miguel Servet era a través de la crítica a la pretensión calvinista de certidumbre. El intento fundamental de *De haereticis* fue el de acabar con las bases de la seguridad de Calvino en la verdad de sus creencias religiosas, sin acabar, al mismo tiempo, con la posibilidad del conocimiento religioso.⁵⁵ El método que Castalión utilizó fue el de señalar que en religión había demasiados puntos oscuros y ambiguos como para poder estar totalmente

⁴⁸ Véase POPKIN, R., *The history of scepticism from Savonarola to Bayle*, pp. 3-17.

⁴⁹ Véase SCHMITT, Ch. B., *Cicero scepticus*, p. 58.

⁵⁰ ERASMO DE RÓTTERDAM, *Elogio de la locura*, 45.

⁵¹ Véase POPKIN, R., *The history of scepticism from Savonarola to Bayle*, pp. 7-8.

⁵² Cfr. SCHMITT, Ch. B., *Cicero scepticus*, pp. 58-59.

⁵³ *Loc. cit.*, p. 60.

⁵⁴ *Ibidem*.

⁵⁵ Cfr. POPKIN, R., *op. cit.*, p. 11.

seguro a la hora de estar justificados para matar a otra persona condenada por herejía. Castalión fue influido significativamente por algunas ideas escépticas antiguas, una prueba de ello será su obra *De arte dubitandi*, escrita en 1561 pero que no fue publicada hasta el siglo XX.⁵⁶ A pesar de que el escepticismo presente en *De arte dubitandi*⁵⁷ es suficientemente claro para demostrar la adscripción del autor, no ocurre lo mismo con *De haereticis*, una obra que provocará una reacción exagerada por parte de Teodoro de Beza. Esta obra fue escrita inmediatamente después de la ejecución de Miguel Servet y trataba fundamentalmente de traer un poco de racionalidad en la manera de tratar a los herejes y evitar la caída en el fanatismo. Este libro, escrito en un tono mesurado y con la presentación de una actitud escéptica también moderada, intentaba defender que antes de condenar a alguien por herejía se debía disponer de alguna herramienta que permitiera distinguir herejes de los no herejes, un principio por el cual la verdad resultara manifiesta. En *De arte dubitandi* Castalión expone que este principio sería la capacidad humana de buen sentido e inteligencia, una fe racional en que nuestras capacidades naturales son suficientes para evaluar las cuestiones. Esta fe de Castalión en nuestra capacidad racional iba aunada a un escepticismo acerca del empleo que podemos dar a estas capacidades naturales. Castalión expondrá dos tipos de dificultades que pueden aparecer. Un tipo de problemas podría ser el hecho de que nuestras facultades pueden ser incapaces de funcionar de manera adecuada (a causa de un mal empleo, una enfermedad, etcétera). Otra dificultad podría ser una serie de condiciones externas que podrían impedir la normal aplicación de nuestras cualidades naturales para elaborar juicios.⁵⁸ Castalión, en lugar de utilizar los problemas que acarreaban las dudas escépticas para justificar la vía de la autoridad de la Iglesia, lo que hará será ofrecer otras normas, las capacidades humanas arriba mencionadas de los sentidos y la razón. La búsqueda de la certidumbre en el conocimiento deberá sacrificarse en pro de la posibilidad de alcanzar la razonabilidad.⁵⁹

En *De haereticis* Castalión ofrecerá el ejemplo del propio Jesucristo y sus seguidores que fueron tenidos por herejes cuando en realidad no lo eran.⁶⁰ La conclusión a la que llega es que si la herejía es un asunto tan serio y las

personas declaradas culpables se ven sometidas a castigos muy severos, es necesario estar totalmente seguro antes de condenar a un hereje. Sebastián Castalión considera que hay dos tipos de herejes, aquellos que lo son por sus acciones (*in moribus*) y los que son herejes en virtud de su falta o alejamiento de la ortodoxia (*in rebus spiritualibus et doctrina*). Él arguye que no es nada fácil distinguir a estos últimos y, aunque no lo declara abiertamente, la implicación que ello conlleva es que no hay un criterio evidente que permita juzgar este asunto.⁶¹ Castalión utiliza la conocida crítica escéptica al criterio para debilitar la seguridad con la que se juzga y condena a un supuesto hereje.

Todo esto contrasta con la necesidad de los reformadores de insistir en la completa seguridad y certidumbre de su causa. La ruptura con la autoridad que suponía la iglesia católica no ayudaba a permitir un individualismo tolerante en materia de religión, sino que obligaba a practicar un completo dogmatismo en el conocimiento religioso. Esta será la verdadera clave por la cual los contrarreformadores católicos utilizarán el escepticismo, primero el de clave académica y más tarde - a partir de 1562-, el pirrónico, para criticar las posturas reformistas, a las que acusaban de falta de un criterio que sirviera de aval a las interpretaciones distintas del dogma que estaban dando. Frente a esto, los pensadores católicos opondrán la autoridad de la iglesia y de su interpretación de las Sagradas Escrituras,⁶² argüirán que la duda puede caer sobre todas estas nuevas visiones de la religión y que lo único que se puede salvar de esta tendencia a la incertidumbre es la fe católica, a la que ellos sitúan más allá del efecto que las críticas escépticas puedan tener.

Tenemos, pues, la propuesta presentada por Castalión al problema del criterio del conocimiento creado por la Reforma, sería una salida «razonable» tras el reconocimiento de la imposibilidad de alcanzar la certidumbre completa. Esta propuesta no podía ser aceptada por los reformistas de forma que era de esperar la respuesta furibunda que se dio al *De haereticis* de Castalión. La otra propuesta será la de Erasmo de Róterdam, quien propugnaba la suspensión escéptica del juicio, apelando a la fe sin motivos racionales.

⁵⁶ SCHMITT, Ch. B., *op. cit.*, p. 63.

⁵⁷ Este libro expone un pensamiento muy adelantado para su época, supone la propuesta de un enfoque liberal, en cierto modo científico, además se muestra muy cauteloso con los problemas intelectuales en gran contraste con la posición dogmática de Calvino. El texto latino aparece en Castellio, Sebastianus, *De arte dubitandi, ignorando et sciendi*, editado por Elisabeth FEIST, en *Per la storia degli eretici italiani del secolo XVI in Europa*, Roma, 1937, pp. 277-430. Existe una edición francesa, Castellio, Sebastianus, *De l'art de douter et de croire, d'ignorer et de savoir*, traducción de C. Baudouin y P. Raymond, Ginebra-París, 1953.

⁵⁸ Cfr. POPKIN, R., *The history of scepticism from Savonarola to Bayle*, pp. 11-12.

⁵⁹ *Loc. cit.*, p. 13. El término que utiliza Popkin es «*reasonableness*», una palabra de difícil traducción que quizá se corresponda más con la perífrasis «cualidad de ser razonable». La clave de todo esto está en que Castalión proponía la utilización de la razón y lo percibido por los sentidos para elaborar juicios sobre las cosas. Con esta idea Castalión se convertirá en el abanderado de las formas liberales de protestantismo.

⁶⁰ SCHMITT, Ch. B., *Cicero scepticus*, p. 63.

⁶¹ *Ibidem*.

⁶² Los reformadores defenderán que la conciencia, la luz interior, es el juez de las Sagradas Escrituras, mientras que los católicos utilizarán la garantía de la tradición como criterio. Las opiniones personales de los reformadores no parecían un sostén suficiente para obtener la certidumbre en asuntos religiosos y cada bando caerá inexorablemente ante la crítica escéptica del criterio. El escepticismo tolerante de Castalión no era una propuesta aceptable en la búsqueda de la certeza religiosa. Cfr. POPKIN, R., *The history of scepticism, from Savonarola to Bayle*, pp. 13-14.

Fue Teodoro de Beza, discípulo de Calvino, quien reconoció rápidamente las implicaciones de la obra de Castalión, y poco después, todavía en 1554, publicó su propia obra titulada *De haereticis a civili magistratu puniendis libellus adversus Martini Belli farraginem et novorum Academicorum sectam*.⁶³ Ya desde el título se muestra con claridad el afán polémico contra la secta de los nuevos académicos que mueve la publicación de la obra. Sin embargo, en ninguna parte de la obra Teodoro de Beza indica quiénes eran estos nuevos académicos. La forma en que este autor criticó a Sebastián Castalión fue muy dura y acusadora. Acusó al de Basilea de ser un reanimador de la nueva Academia y un introductor del escepticismo de Carnéades. También de tratar de sustituir las certidumbres religiosas por probabilidades.⁶⁴

Este que hemos expuesto es el panorama de la influencia del escepticismo académico en las polémicas religiosas. Es evidente que la cuestión escéptica era muy importante y ocupaba un lugar privilegiado entre los temas del debate religioso. Como hemos visto Erasmo, Lutero, Melancton, Castalión y Beza, todos ellos figuras de gran altura intelectual y de importancia capital tanto para su siglo como para la historia del pensamiento en general, se sentían profundamente preocupados por los problemas que la obra de Cicerón *Cuestiones académicas* ponía de relieve. En estas últimas páginas hemos analizado el contexto de la influencia que ejerció el escepticismo académico desde 1535, año del aumento de la importancia de *Cuestiones académicas* de Cicerón, hasta 1562, cuando aparece editada por primera vez la obra de Sexto Empírico. Con esto se completa el panorama de la aplicación que los pensadores del siglo XVI hicieron de la filosofía de la Academia. Este desarrollo se verá repentinamente cortado con la edición de *Hipótiposis pirrónicas*, puesto que ésta supuso la disposición de una fuente de material escéptico mucho más rica y útil, de modo que el material que aparecía en Cicerón pasará a ser poco más que unas simples notas al margen. No es que con la recuperación del material de Sexto desapareciera completamente la línea académica, es que simplemente ésta se vio superada netamente por aquel material.⁶⁵

Como hemos indicado antes de referirnos al papel que el escepticismo académico ocupó en las luchas de religión, hubo una serie de pensadores renacentistas que escribieron algunas obras cuyo contenido giraba alrededor de *Cuestiones académicas* de Cicerón y no estaban tan

centradas en las disputas intelectuales entre reformistas y católicos. Esta es una prueba clara de la presencia del escepticismo académico en este periodo. Hemos tratado de mostrar la línea tangencial que esta corriente de pensamiento sufrió desde que Cicerón escribió esta obra -*Cuestiones académicas*- que ha representado la fuente más importante para esta rama del escepticismo. El camino, como hemos visto, no fue rectilíneo, sino que más bien mostró sus meandros, pero parece ser que la mayor parte del tiempo transcurrido entre el momento en que Cicerón las escribió y fue reconsiderada en el Renacimiento esta obra mantuvo su llama viva y ejerció una influencia moderada.

BIBLIOGRAFÍA

- AMAND, D., *Fatalisme et liberté dans l'antiquité grecque. Recherches sur la survivance de l'argumentation antifataliste de Carnéade chez les philosophes grecs et les théologiens chrétiens des Quatre premiers siècles*, Lovaina, 1945.
- AULO GELIO, *Noches Áticas*.
- BERMÚDEZ, M., *La recuperación del escepticismo en el Renacimiento*, Madrid, 2006.
- CHARLES-DAUBERT, F., *Les libertins erudits en France au XVIIe siècle*, Paris, 1998.
- CICERÓN, *Cartas a Ático*.
_____, *Cuestiones académicas*.
- ERASMO DE RÓTTERDAM, *Elogio de la locura*.
- FEIST, E., *Per la storia degli eretici italiani del secolo XVI in Europa*, Roma, 1937.
- FLORIDI, L., *Sextus Empiricus*, Oxford, 2002.
- GILSON, E., *La filosofía en la Edad Media*, Madrid, 1958.
- GRANADA, M. A., *El umbral de la modernidad*, Barcelona, 2000.
- HARRIS, B. F., *Cicero as an academic*, Universidad de Auckland, 1961.
- HENRY DE GANTE, *Summa quaestionum ordinariorum*, Nueva York, 1953.
- HERSHBELL, J. P., «Hippolytus' *Elenchos* as source for Empedocles re-examined», en *Phronesis*, 18 (1973), pp. 97-114.
- INWOOD, B., y MANSFELD, J., (editores), *Assent and argument. Studies in Cicero's academic books*, Leiden, 1997.
- JANÁČEK, K., «Hippolytus and Sextus Empiricus», en *Eunomia*, 1959, pp. 15-29.
- KIRWAN, C., «Augustine against the Sceptics», *The sceptical tradition*, Los Ángeles, 1983, pp. 205-224.

⁶³ El «*Martinus Bellius*» que aparece en el título es el pseudónimo bajo el cual Castalión escribió su *De haereticis*. Beza no descubrió que Castalión era el autor de la obra que estaba criticando, aunque más adelante parece que estableció la conexión entre el pseudónimo y el verdadero autor, según indica Schmitt. Véase SCHMITT, Ch. B., *Cicero scepticus*, p. 64, nota 99.

⁶⁴ Esta acusación estaría en la línea de que Castalión hacía referencia a Carnéades y al criterio de lo probable que éste trató de establecer. Véase POPKIN, R., *The history of scepticism from Savonarola to Bayle*, p. 10. Castalión escribió una respuesta a la crítica de Teodoro de Beza, pero no la publicó.

⁶⁵ La diferencia entre ambos escepticismos, el académico y el pirrónico, es tratada sistemáticamente en diversos lugares, sin embargo, para una definición sucinta y clara remitimos al lector a ROMÁN, R., *El escepticismo antiguo...*, pp. 47-55, aquí Román da abundante información sobre esta primera distinción entre académicos y pirrónicos a través del análisis de la obra de Aulo Gelio: *Las Noches Áticas*. El texto más interesante allí incluido recoge lo siguiente: «Es una cuestión antigua tratada por numerosos autores griegos que separa y en qué medida a los filósofos pirrónicos de los académicos (...). Se considera que difieren entre ellos (...) porque los académicos «quasi» comprenden esto mismo: que nada puede ser comprendido y «quasi» deciden que nada puede ser decidido. Los pirrónicos ni siquiera dicen que parece, en absoluto, verdadero eso de que nada parece ser verdadero», Aulo Gelio, *Noctes Atticae*, XI, 5, en ROMÁN, R., *op. cit.*, pp. 50-51.

- LÉVY, C., *Cicero academicus. Recherches sur les Académiques et sur la philosophie ciceronienne*, Roma, 1992.
- POPKIN, R., *The history of skepticism from Savonarola to Bayle*, Oxford, 2003.
- _____, *The history of scepticism from Erasmus to Descartes*, Assen, 1960.
- ROMÁN, R., «La nueva academia: dogmatismo o skepsis», en *Pensamiento*, vol. 51, número 201 (1995), pp. 449-461.
- ROMÁN, R., *El escepticismo antiguo: posibilidad del conocimiento y felicidad*, Córdoba, 1994.
- SCHMITT, Ch. B., *Cicero Scepticus: A Study of the Influence of the Academia in the Renaissance*, La Haya, 1972.
- _____, *Gianfrancesco Pico della Mirandola (1469-1533) and his critique of Aristotle*, La Haya, 1967.
- _____, «Henry of Ghent, Duns Scotus and Gianfrancesco Pico on Illumination», en *Medieval studies*, 25 (1963), pp. 231-258.
- _____, «The Recovery and Assimilation of Ancient Scepticism in the Renaissance», en *Rivista critica di storia della filosofia* (1972), pp. 363-384.
- _____, «The rediscovery of ancient scepticism in Modern Times», en *The skeptical tradition*, Londres, 1983, pp. 225-242.
- SEXTO EMPÍRICO, *Hipotiposis pirrónicas*.
- SEIGEL, J. E., *Rethoric and philosophy in Renaissance humanism*, Princeton, 1968.
- TODESCO, F., «La rinascita dello scetticismo in età moderna», en *Giornale critico della filosofia italiana*, vol. XI (1991), pp. 142-145.
- TRINKAUS, C., *In our image and likeness: humanity and divinity in Italian humanista thought*, Londres, 1970.
- ULLMAN, B. L., *Studies in the Italian Renaissance*, Roma, 1955.